



¿Qué sabemos de Haití? Poco, muy poco. Lo más probable es que pensemos únicamente en catástrofes, violencia, caos y miseria. El terremoto de 2010 colocó al país en el punto de mira, pero lo hizo a través de voces alejadas de su realidad.

"Haití, cuando las vidas tiemblan" es un proyecto de comunicación solidaria que busca profundizar en la realidad haitiana, saber qué está pasando en las vidas de la gente con la perspectiva de cinco años tras el terremoto. Busca revertir la visión etnocéntrica, neocolonial, patriarcal y asistencialista mostrando de manera integral las caras diversas de un escenario complejo.

Busca, en definitiva, ofrecer una información profunda alejada de la simplificación, de la mera anécdota, huyendo de los estereotipos, para reflexionar, para llegar a entender la realidad de Haití y, por similitud, la de tantos otros pueblos empobrecidos.

El libro que estás a punto de abrir es parte de una propuesta más amplia donde se han puesto en juego multitud de herramientas de comunicación, desde entrevistas en radio hasta reportajes en prensa, pasando por exposiciones, charlas o el uso de las redes sociales.

Con todo ello se quiere recuperar para nuestras agendas la presencia de un pueblo que se revela frente al olvido con su dignidad intacta.



Xabier Bañuelos

Periodista especializado en comunicación social con treinta años de ejercicio, es colaborador en medios escritos y audiovisuales. Ha viajado por más de 60 países, divulgando sus realidades desde la perspectiva de las relaciones Norte-Sur, sus desarrollos internos y la situación de los Derechos Humanos.

Ion Ezkerra

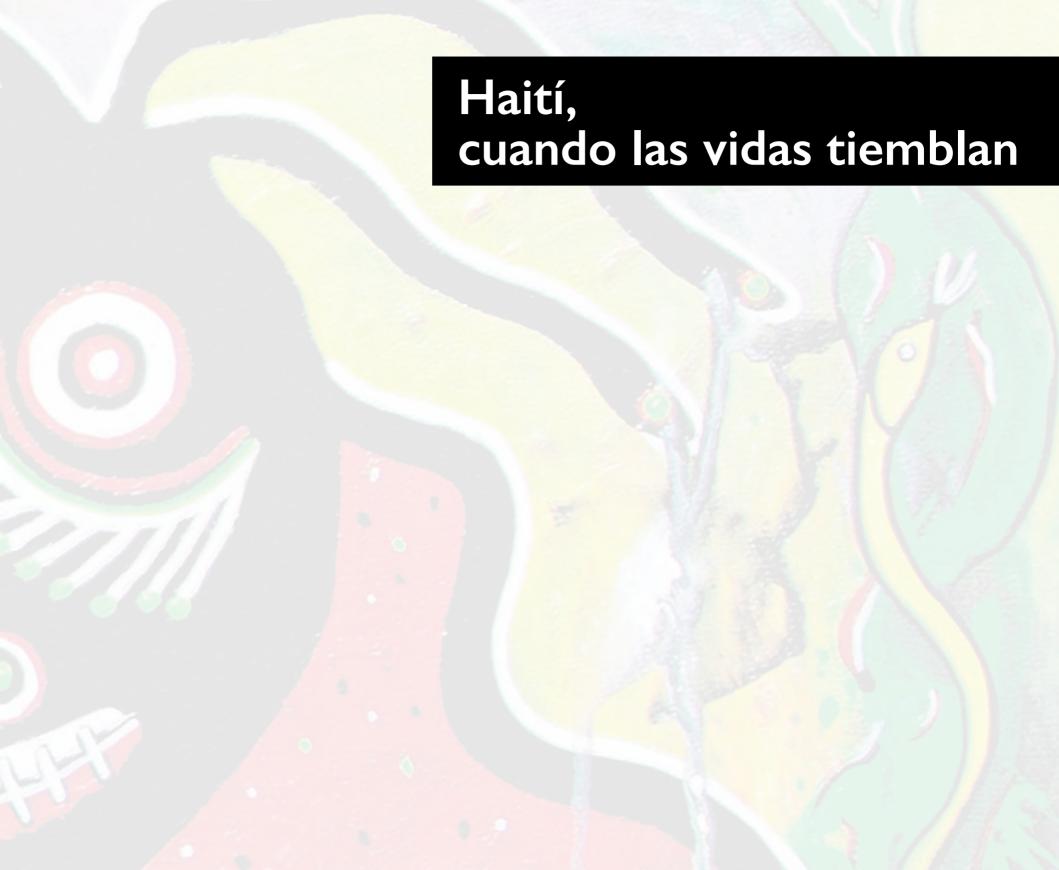
Licenciado en Derecho Económico y bombero, con formación y experiencia en emergencias y cooperación. Desde 2009 es miembro de la ONGD Lanbi Elkartea, centrada en el desarrollo de programas sostenibles en Haití. Habla correctamente criollo haitiano.

Miguel Ángel Navarro

Psicólogo transcultural, es Doctor en Migraciones Internacionales Contemporáneas y experto en violencia política y catástrofes. Es miembro fundador de la ONGD Lanbi Elkartea y ha viajado a Haití en una decena de ocasiones como cooperante y logista.

Itziar Pequeño

Periodista especializada en comunicación social, para el desarrollo y con perspectiva de género, es colaboradora en medios de actualidad crítica. Con una sólida formación en feminismo y cooperación es miembro de la ONGD Arregialde, cuya labor se centra en Haití.





"Heritage voudou" 20x30. Acrílico y *collag*e sobre tela.

"Haití, cuando las vidas tiemblan" Itziar Pequeño, Xabier Bañuelos, Jon Ezkerra y Miguel Ángel Navarro.

Fotografía: Xabier Bañuelos.

Obra de portada: Joseph Sevenson.

Diseño: "Haití, cuando las vidas tiemblan", Marra Servicios Publicitarios, s.l.

Maquetación: Marra Servicios Publicitarios, s.l.

Impresión: Gráficas Ingugom, s.l.

Dep. Legal: BI-899-2016

ISBN: 978-84-945538-1-3

Libro editado por ©Proyecto "Haití, cuando las vidas tiemblan", 2016.

Reservados todos los derechos.

Colaboran:







Han colaborado

Monis Alsen, Yira Bolaños, Evilange Cremonde, Celia Esquerra, Jerry Christian Gabriel, Etienne Herard, Emgaili Jatri, François Kawas, Germán Marte, María Oteo, Pè Piquion, Jean Rousseau, Egido Sanz, Kenel Senatus, Rislado Seneksan, James Thegenus.

Equipo de trabajo en Haití

Dimy Antoine, Johanne Cesar, Jean Raynwald Pierre, Etienne Pierre-Louis.

Entidades colaboradoras

Association Nationale des Scouts d'Haiti-ANSH (Nicolas Clervil, Gladys Cadet), Association Paysans de Value-APV (Natouche Egelin, Abner Septembre), Barrio Pantoja de Santo Domingo, Batey San Joaquín (Eduardo Antonio, Violeta, Louis Maris, Elda Mondes, Domingo Paul, Marie Lucas Roger, Alsid Rivenson, Manuel Santana, Felix Sanou, Alexandre Senatus), Brigadas Dessalines MST (Nadson Airis, Cristian Cassol, Heriberto Medina, Berissimo Antonio Mendes, Diego Rodrigues, José Macario Santos, Franco Villalba), Centro Bonò (Roque Feliz), COFEDES (Loidye Dolsin, Sendy Flerimont, Marceline Henry, Evane Rosaliere), Comunidad de Areguy (Monique Cesar, Benette Fransique, Rothen Massena, Marie Terese Pierre, Simon Pierre, Emanouge Pascal), Comunidad Jesuita de Ouanaminthe, Dirección Nacional de Trabajo Social lesuita en República Dominicana (Mario Serrano), Grupo 81 zona franca de Codevi (Jean Rollin Charles y Aniel Sever), MOREPLA (Luberisse Adelson, Roger Desnor, Ferdinand Filogene), MUDHA (Cristiana Luis Francisca, Liliana Dolis y Esmeralda Chalas), OBMICA (Bridget Wooding y Clara Morel), Oganisasyon Pwogresis Bèbè Pale de Delmas (Galite Fritzner, Elias Rudolph), RECOCARNO (Jean Luckner Bonheur, Jean Félix Celicourt), REFRAKA, Réseau National de Défense des Droits Humains (Pierre Espérance), Sindicato SOKOWA, Servicio Jesuita de Refugiados de Puerto Príncipe (Lissaint Antoine, Jean Jaccon Merisma), Solidaridad Fronteriza (Gustavo Toribio), Solidarite Fwontalye (Michel Edouard Alcimé, Firdwis Surfin), Tèt Kole Ti Peyizan Ayisyen (Osnel Jean Baptiste, Rolande Jean Petit, Apredye Julles, Romain Metayer, Molme Misset, Willio Petit-Homme, Isaac Simeon).

Mecenas

Ion Aguirre, Xabier Aierdi, Inmaculada Albi, Carmen Alfaro, María José Alonso, Raúl Alústiza, Egoitz Anda, Esther Arcera, Asier Arcos, Arduradun Eskola, Vanessa Ares, Aintzane Argaiz, Patricia Aristondo, Agustín Aristondo, Ana Aristondo, Marisol Aristondo, Estíbaliz Uribesalgo y Agustín Aristondo, Maitane Arnoso, Ion Arrieta, Ondiz Arrimendi, Aitor Arróniz, María Arzuaga, Jon Asensio, Gergori Ayarzaguena, Julián Bajo, Baobab Tetería, Alain, Olatz Barrenetxea, Pedro Beitia, Iván Blanco. Isabel Bravo, Israel Brull, Itziar Caballero, Pedro Cabrera, Ismene Camarero, Saioa Campo, Javier Carnicero, Miren Caro, Javi Carrascal, Verónica Caviedes, Amets Corral, Cynthia Cotano. Nerea Cotano, José Manuel Cruz, Jean Dalmaux, M. de Jos Reyes, Félix Díaz de Miguel, Pablo Encinas, Nerea Espilla, Aitor Ezkerra, Iñaki Ezkerra, Txema Ezkerra, José María Ezquerra y María José Fernández, Itsaso Fernández, Verónica Fernández, Eneko Fernández, Kike, Ainize Foronda, Arturo Gabaldón, Carolina, Stella García, Ion Andoni García, Txema García, Txema García Iturralde. Beronika Garrosa, Iosune Gezuraga, Sendoa Gómez, Jesús María Gómez de la Cruz, Agustín González, Grupo de Acción Comunitaria, Miguel Gutiérrez-Garitano, Irene Hernández, Eneko Hurtado, Israel Jiménez, Regina Labanda, Irune Laiseca, Julene Larrañaga, Begoña Lashayas, Flavia Laurencich, Laura Lloret, Mikel López, Ana Lorente, Victor Martín, Josu Martínez, María Martínez, Leire Miñón, Adolfo Moraza, Alicia Moreno, Ana Navarro, María Navarro, Mari Carmen Navarro, Isabel Navarro, Julen, Anabel Ortega, Leire Páramo e Iñaki San Miguel, Sonia Parra, Ostaizka Pinedo, Pini, Andoni Pititako, Andrea Plaza, Portugaleteko Aisialdi Sarea, Edorta Ramírez, Paloma Rodríguez, Iratxe Rodríguez, Javier Rodríguez, Asier Rodríguez, Ane Sáez, Eunate Saiz, Mónica Sánchez, Fran Sanz, Javi y Maite, Iker Tapia, Alazne Torre, Hibai Urteaga, Óscar Vázquez, David Vázquez, María Vergara, Karmele Villarroel, Iñaki Zaldua, Itziar Zapirain.

Introducción

Cinco años no es mucho tiempo. Pasan tan rápido que apenas son un suspiro. Cuando nos damos cuenta, nos vemos exclamando aquello de "¡ya han pasado cinco años!, parece que fue ayer". Pero para las víctimas del terremoto de Haití este tiempo ha sido muy largo.

Se fueron las cámaras, las promesas se convirtieron en castillos en el aire y las gentes de este rincón del Caribe volvieron a la cotidianeidad de su miseria. Ninguneadas, utilizadas por las potencias neocoloniales y hundidas en la inequidad, sobreviven mientras las olvidamos. Frágil memoria es la nuestra para las realidades de los pueblos empobrecidos.

De ahí surge la necesidad de lanzarse a un camino como este. El cinco es un buen número para el recuerdo, para los balances y, cinco años después del seísmo¹, "Haití, cuando las vidas tiemblan" quiere agitar nuestra indiferencia acercándonos la realidad de una tierra que, cercada por intereses ajenos y víctima de sus propias clases dirigentes, sufre, ríe, lucha, llora, ama, baila, malvive, trabaja, se desespera, protesta, emigra, regresa... y no ha perdido la esperanza.

Viajamos a Haití para comprobar en qué situación se encuentra el país, en qué situación se encuentra su población. Recorrimos ciudades y pueblos, calles y veredas, parques y montañas, barriadas y aldeas, fábricas y cultivos...Y hablamos, sobre todo hablamos, hablamos sin parar, con las haitianas y los haitianos, inmigrantes en la República Dominicana, habitantes de las urbes y del campo, con vendedoras, con rectores universitarios, con campesinos y campesinas, con militantes de los movimientos sociales, con periodistas y profesorado, con jóvenes y adultos, con quienes solo se preocupan del ahora porque su único futuro es asegurar la comida de ese día, con quienes padecen la incógnita de saber si sus hijos e hijas podrán mañana seguir yendo a la escuela.

Las bocas lo abrazaron todo. Con palabras andantes que diría Galeano, caminaron sobre los derechos humanos y se hundieron en el vudú, la cultura y el arte; se internaron en una vida cotidiana plagada de sinsabores y fuerza, y cuestionaron la cooperación internacional, la misma que, aún siendo necesaria, aplica unos modelos que mantienen a la nación en estado de dependencia; se sobrecogieron con los testimonios de las deportaciones y ardieron con las reivindicaciones de la lucha campesina y los logros de las experiencias de autogestión; se revelaron ante los abusos en las zonas francas y se indignaron relatando historias de hambre, de pobreza, de cólera.

Las bocas llegaban siempre con los ojos. Ojos que brincaban cuando hablaban del carnaval y se iluminaban cuando había motivos de alegría. Ojos cuyo ceño

se fruncía desafiante cuando reflejaban la situación de las mujeres. Ojos que se llenaban de rabia o serenidad, de inconformidad o resignación cuando repasaban el compendio de indicadores que hacen de su país el más pobre de América Latina con uno de los índices de desarrollo humano más bajos del mundo. Son los ojos de la persona que irritada, templada, contestataria o dócil, demuestra que aún está de pie y exige respeto.

Y eso es lo que hemos pretendido traer, las voces y las miradas de esas vidas que tiemblan, que brillan entre el orgullo de ser el primer Estado en abolir la esclavitud y la frustración de un desarrollo que no llega, entre la satisfacción por ser la primera nación en conseguir su independencia en América Latina y una soberanía mancillada. Pero no queríamos hablar por ellas y por ellos, como tantas veces ocurre. Queríamos que fueran ellas y ellos quienes nos interpelaran de forma directa, quienes con su mirada dirigida a nuestros ojos nos dejaran su testimonio, pequeños retazos de vida que, coralmente, compongan el latir de su universo.

Se han realizado más de 90 entrevistas. Tan solo en una decena teníamos cita. El resto han sido encuentros improvisados, en la calle, en las casas, en los lugares de trabajo, a bote pronto, sin saber quiénes eran ni quiénes éramos. Nadie conocía las preguntas y mucho menos sospechaba que íbamos a pedir una foto. En realidad, ni siquiera nosotras sabíamos cuándo o cómo íbamos a abordar a la gente. De eso se trataba, de no perder la espontaneidad en la palabra y la viveza en las pupilas cuando descubrieran la cámara, cuando nos miraran y nos contaran sus vidas.

Con el hastío de tantas promesas incumplidas, muchas veces nos hicieron la misma pregunta: "Y esto, ¿en qué me va a beneficiar a mí?". Nuestra respuesta, sincera, solo podía ser una: "En nada. A ti en nada. Lo único que podemos hacer es esperar a que alguien, al otro lado del Atlántico, lea tus palabras y conozca vuestra realidad; y quizás, solo quizás, despierte su conciencia". La franqueza ha sido magia: ni una sola negativa. Nos han contado sus experiencias y nos han cedido sus rostros sin pedir nada a cambio, narrando en primera persona lo que está ocurriendo en sus vidas. Todas las gentes que veréis en este libro -y muchas más que han tenido que quedar fuera-, han dado su consentimiento expreso sabiendo para qué se iban a emplear su imagen y sus historias.

Hemos procurado ser files a cada palabra vertida en cada testimonio, intentando ser rigurosos en las traducciones del *krèyol* y con los distintos registros de lenguaje. Si algo no se ajustara a la realidad se deberá a la torpeza, no a la intención. Los retratos se han hecho *in situ*, sin ningún tipo de

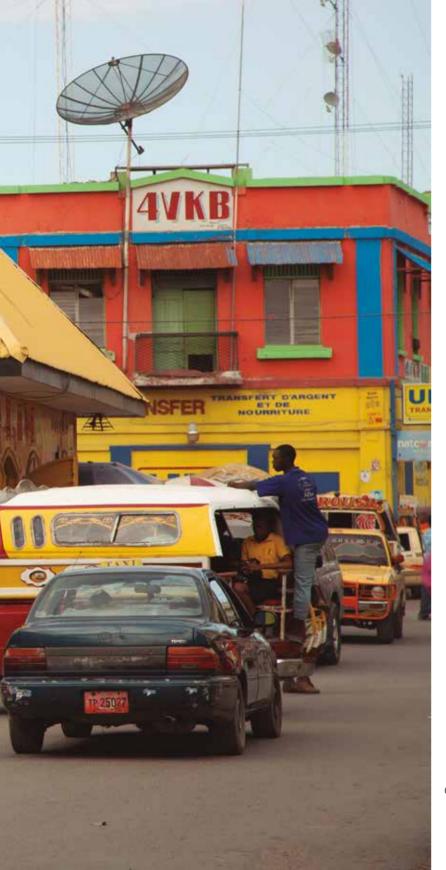
preparación previa, sin más posado que el que cada cual ha querido y sin más iluminación que la del lugar y el momento en que se tomaban. La edición² de las fotos se ha limitado a pequeños retoques para eliminar brillos y realizar algún reencuadre, intentando respetar al máximo el instante y el ambiente que captaba el sensor.

Y si se nos permite expresarlo, entendemos que el valor de este libro, más allá de la calidad de la redacción o de las fotos -que queda a juicio de quien los lea y las vea-, radica sobre todo en la espontaneidad y en la naturalidad, en la sencillez, en la ausencia de artificios. Si esta obra tiene alguna virtud es por la honradez de quien nada tiene que ganar porque nada espera, ni que perder, porque nada posee; por las miradas limpias y las palabras directas y sin ambages de las gentes haitianas.

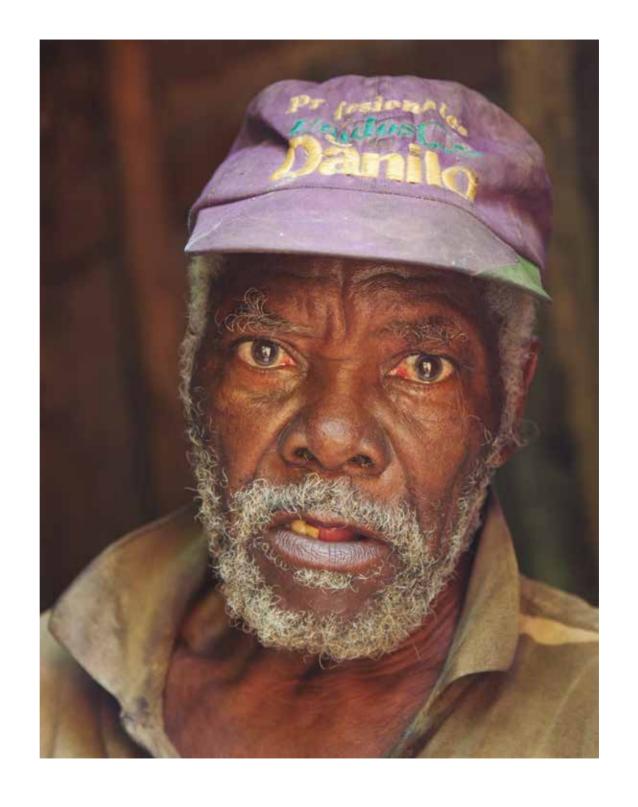
^{1.} Seis años a la publicación del libro.

^{2.} El retrato de espaldas de Konpè Filo y el frontal de Joseph Sevenson son sendos montajes que parten de fotografías originales. Se han hecho de este modo con el ánimo de enmarcar a ambas personas en su trabajo.





Cabo Haitiano. 15:00.





Narcise Senatus

Viejo bracero en el corte de caña.

Batey San Joaquín, Santo Domingo, República Dominicana.

"Llevo 35 años en este país, tenía 26 cuando llegué de Haití para trabajar. Me trajeron al batey San Joaquín y aquí he vivido siempre; hubo un tiempo en el que todo alrededor de mi casa era caña pero en 1998 se acabó. Ahora estoy solo y enfermo; casi no puedo andar. Vivo de la ayuda de mis vecinos. Es la realidad de muchos trabajadores de caña como yo. Conseguí mi pasaporte haitiano pero no tengo cédula de residencia aunque me apunté cuando el Gobierno nos dijo que nos la iba a dar".



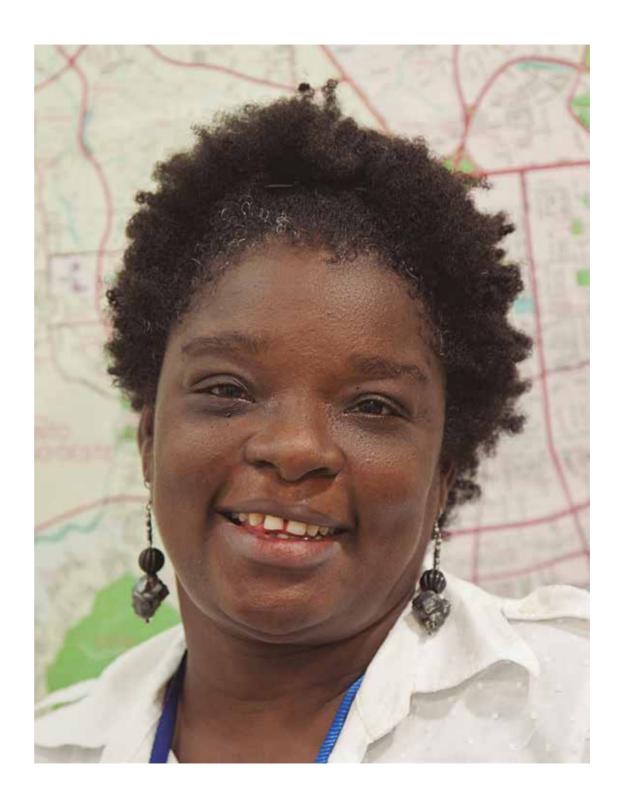


Ive Lamy

Emigrante haitiano deportado.

Ouanaminthe, Haití.

"Esta mañana estaba en mi casa antes de ir al trabajo, me estaba vistiendo cuando los de inmigración entraron. Recuerdo que tenía a un lado el dinero, el teléfono y el carné, pero ellos no me dejaron coger nada, me trataron como a un ladrón, me retorcieron el brazo y me llevaron a una guagua para expulsarme. Fui a República Dominicana a buscar trabajo porque mi madre y mi padre murieron y en Haití no tenía cómo ganarme la vida. Ahora siento vergüenza, soy el mayor de mis hermanos y ellos no me pueden ayudar. Es frustrante, no puedes hablar, los derechos los tienen ellos y la miseria la tenemos nosotros".



Suzie Chery

Técnica en el Centro Bonó, espacio de promoción y defensa de los DD.HH.

Santo Domingo, República Dominicana.

"La constitución dice que toda persona que nace aquí es dominicana excepto quienes estén en tránsito. Con la desnacionalización*, el Gobierno se está saltando la Constitución al afirmar que todas las personas haitianas están en tránsito a pesar de que hayan nacido aquí hace 50 años y hayan vivido siempre en Dominicana. El gran problema de los haitianos y los dominicanos son los políticos, los discursos de los de arriba quieren romper la convivencia entre los de abajo. En este trabajo soy la encargada del acompañamiento de las organizaciones de migrantes haitianos. Antes ya era parte activa de mi comunidad; esa era mi vida, formaba a la gente. Venía al Centro a buscar información y luego la compartía. El sueño más grande que tengo es graduarme un sábado y el domingo por la mañana regresar a Haití con mi hijo. Lo que he aprendido lo quiero dar a mi país".



^{*}Término usado en la Repúbilca Dominicana para referirse a la retirada de la nacionalidad a las personas dominicanas de ascendencia haitiana.





Destine Pierre

Agricultora y vendedora.

Departamento del Sudeste, Haití.

"La tierra no nos da casi nada, el dinero se ha acabado y no tengo modo de llevar a mis hijos a la escuela; hoy es día de mercado en el pueblo y he traído lo poco que tengo para vender. Normalmente voy al mercado de Jacmel, compro allí y lo vendo aquí. Ahora no tengo suficiente dinero para ir a Jacmel a comprar, por lo que no tengo mucho para ofrecer. No tener dinero hace que no puedas comprar para vender, por tanto, compras poco y vendes poco. No puede ser que este país dependa de lo que otros le dan. Los políticos no muestran ningún interés por la gente, le dan la espalda y, por tanto, nadie se fía y la política no interesa".





David Lafleur

Técnico de Animación Socio-comunitaria de la Association Paysans de Value.

Value. Haiti.

"Comenzamos nuestra actividad en 1987 sensibilizando contra la tala de árboles. A día de hoy hemos conseguido plantar un millón por toda la zona. Los habitantes de Value colaboramos juntos, vamos a una para desarrollar nuestro pueblo en cuatro áreas prioritarias: educación, salud, agroturismo y promoción de negocios. Conservamos gran parte de la masa forestal y cada año organizamos una feria de la montaña a la que acuden miles de personas de todo el país. Hemos aprendido a gestionar nuestros propios asuntos en la Comunidad; por ejemplo, hemos decidido entre todos qué hacer con los residuos que generamos. Hay que multiplicar los proyectos de este tipo para que la población esté preparada para decidir por sí misma el camino que quiere tomar".





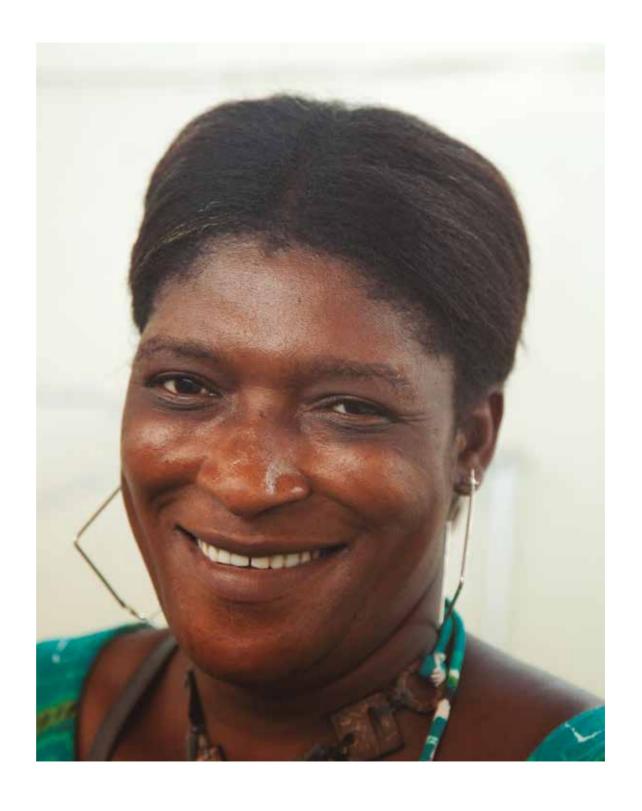
Emigración y expulsiones

Durante la segunda mitad del s XX, Haití y la República Dominicana acordaron varios convenios para atraer mano de obra haitiana a los campos de caña dominicanos. Familias enteras cruzaron la frontera con la oferta de un buen salario, una parcela de tierra, documentos de residencia y jubilación. Pero las promesas se esfumaron hasta el punto de que, en 2013, el Tribunal Constitucional y el Gobierno quitaron la nacionalidad a los y las dominicanas de ascendencia haitiana, incumpliendo su propia Constitución y las leyes internacionales.

Ante la respuesta de parte de la sociedad civil y las presiones externas, las autoridades iniciaron un proceso de regularización pero, en la práctica, se siguen vulnerando derechos básicos, se estigmatiza a las organizaciones acompañantes y se ejerce manipulación mediática. A diario el ejército y la policía efectúan redadas arbitrarias seguidas de deportaciones.

Según datos oficiales, el 87% de la población extranjera en Dominicana es haitiana y representa el 7% de la fuerza laboral. Son la mano de obra más barata y sus condiciones de vida son dificiles, pero sus remesas de divisas son vitales para la economía de Haití.

Dominicanos y dominicanas de ascendencia haitiana, batey San Joaquín, Santo Domingo.



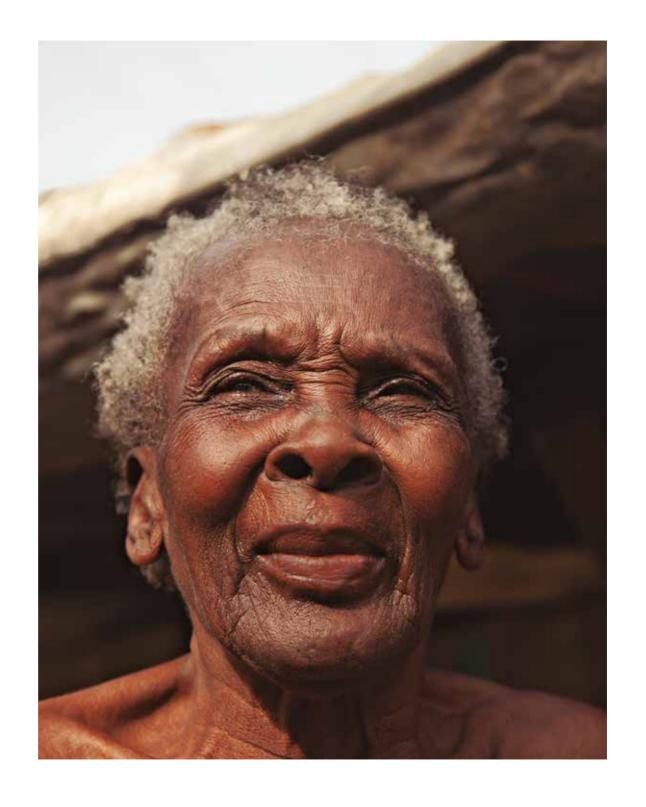


Dalina Elva

Vendedora en el Mercado Binacional.

Dajabón. República Dominicana.

"Mi trabajo es vender zapatos. Tengo cuarenta años, estoy casada y tengo tres hijos; lo único que quiero es darles una buena educación en la escuela y en mi casa, para que sean alguien en la vida respetando siempre a los demás. Es como veo las cosas; yo misma creo que en mi barrio y en mi trabajo me hago respetar por mis actos, por mi manera de ser con la gente. En las próximas elecciones presidenciales de Haití no voy a votar. No lo he hecho anteriormente, ni a Aristide ni a Martelly ni a nadie. Mi político es Dios. Lo que más valoro es Dios, la familia y la educación; todo lo demás... es menos importante".



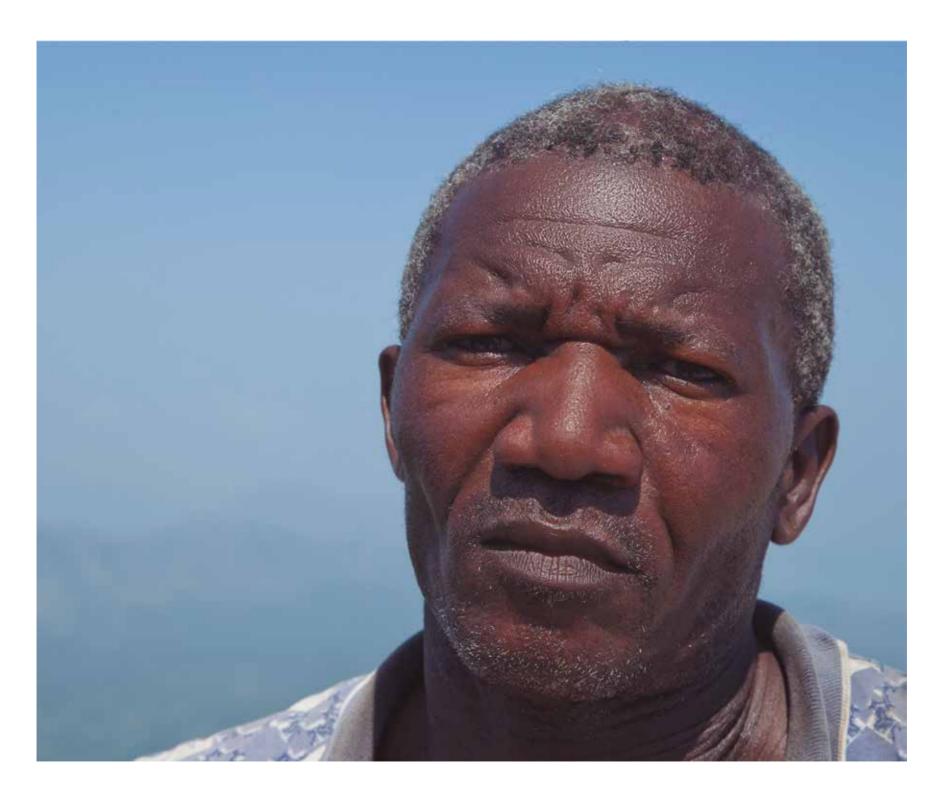


Altagracia Ramírez "Tata"

Migrante haitiana del barrio Pantoja.

Santo Domingo, República Dominicana.

"Tengo once hijos y veintiocho nietos, la mayor alegría que me ha dado la vida. Vivo con uno de mis hijos. Mi vida ha sido difícil pero, gracias a Dios, todo ha ido bien, no he perdido a nadie de la familia que he creado junto a mi marido. Él vino a cortar caña en la época de Trujillo y poco después vine yo. Hace ya un tiempo que se fue con Dios y yo, aunque me siento bien, también me iré cuando él quiera. Mi secreto para vivir tantos años es amar la vida".



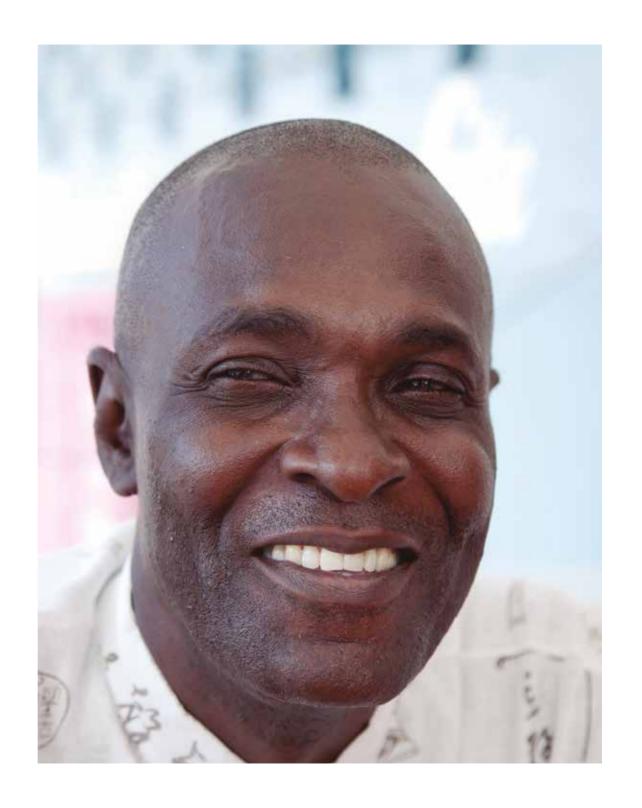


Alex Valmy

Guardián de la Citadelle.

Milot, Haití.

"Este es mi hogar. Trabajo aquí desde muy joven. Tengo la llave de la fortaleza, llevo el mantenimiento y hago todo tipo de labores; la cuido como si fuera una niña. Sólo hay algo más importante para mí que este lugar: mi mujer. La mayoría de los haitianos no sabemos valorar la Citadelle, tampoco el Gobierno, que no piensa en este país ni en su gente. Hace falta una mayor inversión para cuidar y dar a conocer nuestro patrimonio. Me gustaría que algún gobierno subiera aquí para ver esta maravilla y nos ayudara a mantenerla para atraer más visitantes".





Jean-Elie Gilles

Rector de la Universidad Pública del Sudeste. Jacmel, Haití.

"Nací y crecí en esta ciudad, me formé en sus mejores escuelas, trabajé como profesor y a los 25 años fui a Francia a estudiar. Obtuve una beca en EE.UU. y me guedé allí 15 años, donde trabajé en las universidades de Nueva York y Florida. Regresé a Haití tras el terremoto para crear algo positivo para mi comunidad. Yo estoy totalmente a favor de la educación pública, ya que en ella se formaron los grandes doctores, historiadores y escritores haitianos. En Jacmel no había universidad pública, las privadas son prohibitivas y no cubren los estudios prioritarios para el desarrollo del país; por eso fundamos la Universidad en 2011. Los principales problemas de la educación en Haití son la ausencia de inversión, la inequidad educativa, la falta de estudios intermedios y la poca importancia que la sociedad da a los estudios superiores. Y aunque la inestabilidad política ha fomentado la debilidad generalizada actual, la tendencia está cambiando. El país está en un cruce de caminos, ha llegado a un momento importante en su historia a partir del cual las cosas pueden ser diferentes".





La Citadelle, Patrimonio de la Humanidad

La Ciudadela de Laferrière, en el norte de Haití, fue levantada entre 1805 y 1820 por orden del Rey Henri Christophe. Fue concebida como parte de un sistema de defensa ante posibles ataques franceses tras la independencia. Declarado Patrimonio de la Humanidad en 1982, es la mayor fortaleza de América.

Hoy por hoy es el icono más reconocible de un país no exento de atractivos. A pesar de ello, la industria turística es prácticamente inexistente, situación reforzada por la inestabilidad sociopolítica y una manifiesta falta de infraestructuras y recursos.

Pic Laferrière coronado por La Citadelle.



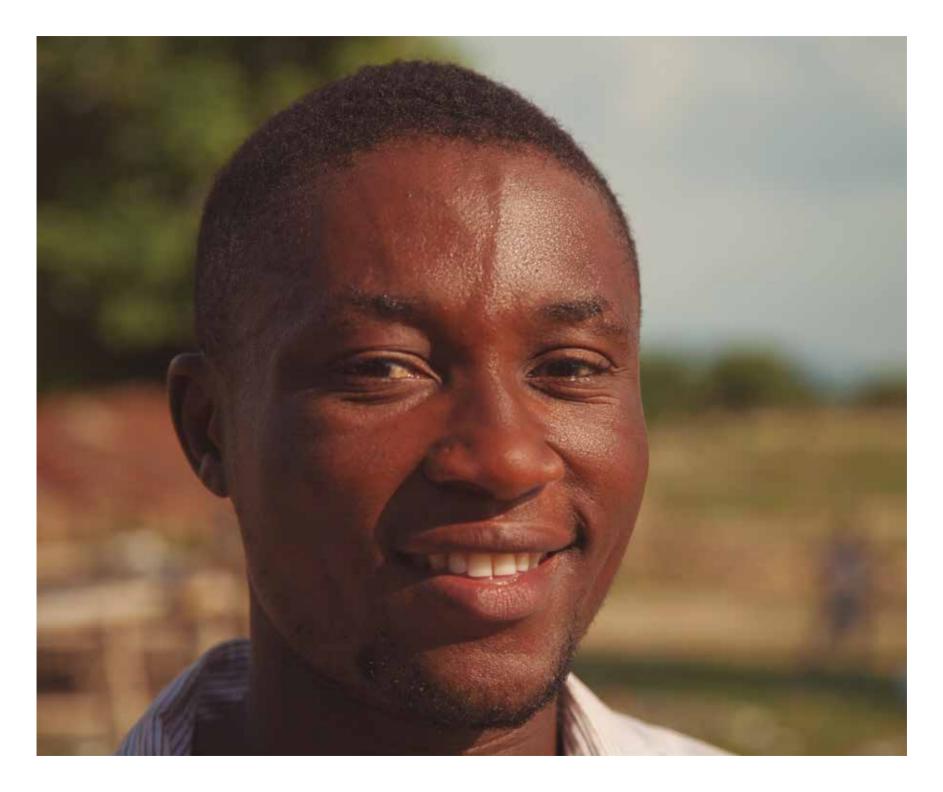


Madan Anonce

Trabajadora del Centro de Salud de las Hermanas Lauritas y promotora comunitaria.

Areguy, Haití.

"Tengo diez hijos y, gracias a Dios, están todos vivos y en la escuela. En el centro de salud limpio y me encargo de la pequeña tienda con la que sacamos dinero para ayudar a sostener el centro. Soy la encargada de dejar todo en orden y cerrarlo cada día. En Areguy hay un grupo de promotores de salud. Me parece muy importante este trabajo y creo que es muy bueno para la comunidad. Para combatir el cólera, por ejemplo, hay que conocer lo que hay que hacer en cada momento, es importante saber que cuando una persona enferma se va hay que desinfectar todo y dejarlo muy limpio".





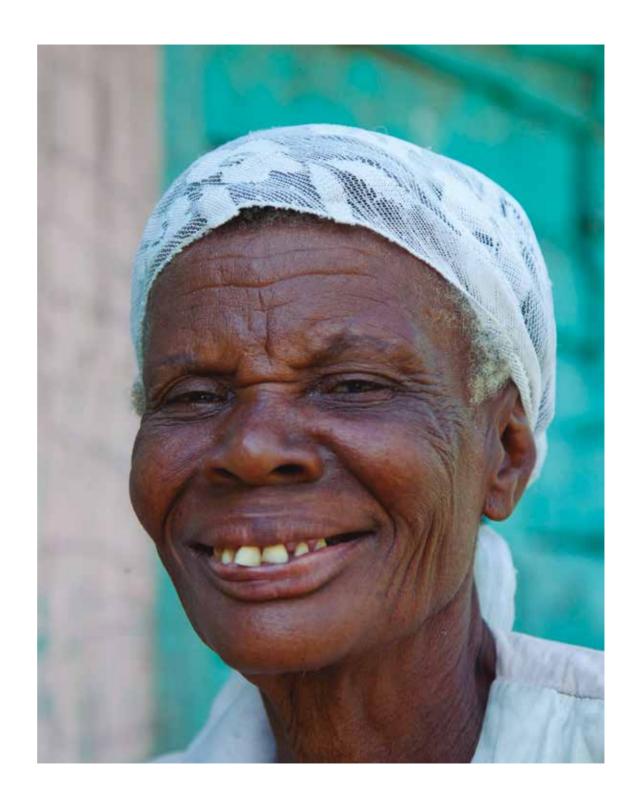
Daniel Profeta

Conductor de moto-taxi.

Ouanaminthe, Haití.

"Llevo y traigo a mucha de la gente que busca trabajo o que trabaja en la zona franca. Estudio Ciencias de la Educación en la universidad porque quiero ser profesor y aspiro a ser algún día director de una escuela o inspector del Ministerio de Educación. Al mes puedo sacar entre 3.000 y 5.000 gourdes*, dinero con el que me alimento, estudio e intento ahorrar. Además, mis hermanas no trabajan; ellas también estudian y yo soy quien las cuida y mantiene. Así que tengo que hacer muchos viajes para cubrir las necesidades familiares. Hay mucha gente que viene a buscar trabajo a esta zona franca. Pasan aquí todo el día esperando su oportunidad pero conseguirlo resulta casi imposible".

^{*}I€ = 70'88 gourdes en el momento de edición del libro.



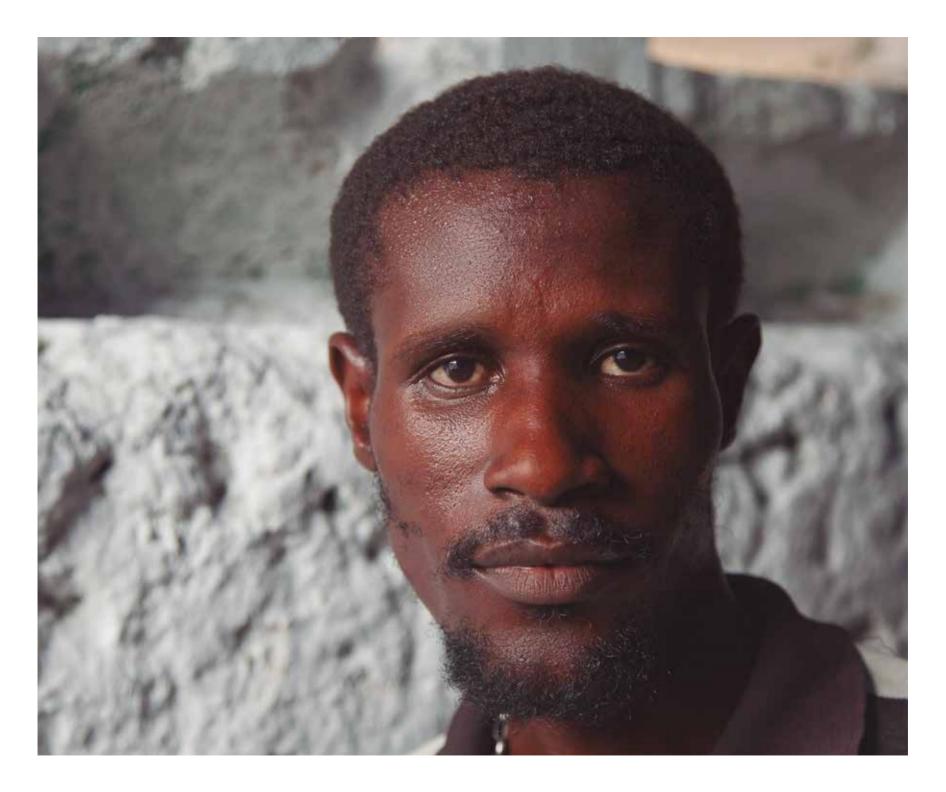


Agathe Chery

Campesina.

Areguy, Haití.

"Todo el país es complicado, no hay nada, la tierra está vacía, agotada, no hay opciones, es un país abandonado. La tierra no da fruto y casi no hay árboles. Pero no me puedo quedar sentada esperando a que caiga la lluvia para poder plantar y comer. Lo único que tengo en mi casa son cocos y mangos; si necesito comprar cualquier cosa tengo que ir a Jacmel y para eso tengo que trabajar y sacar dinero. A día de hoy no puedo juntar ni seis dólares para poder hacer un poco de comercio... ¿qué futuro puedo esperar? Ahora mismo no tenemos nada que poner al fuego y así es como nos vamos a ir a dormir".



Louis Johnny

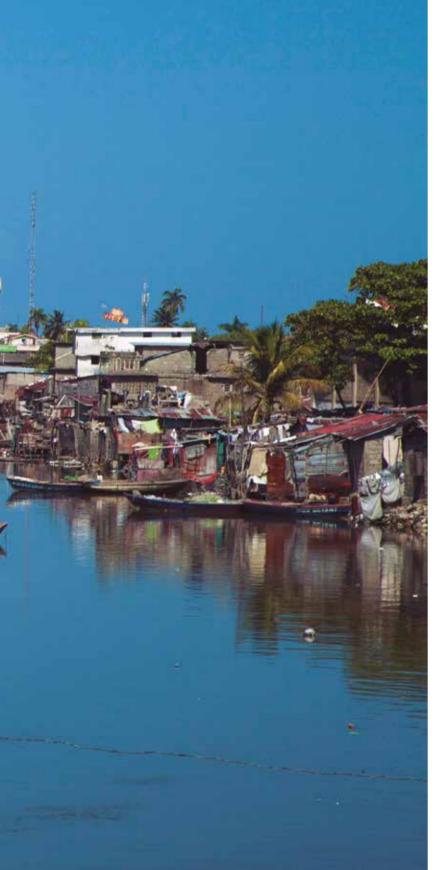
Vecino de la casa ocupada Kay Ayiti è.

Puerto Príncipe, Haití.

"Llevo 28 años viviendo en esta casa, que fue ocupada tras la salida de Duvalier. Soy miembro de la Organización Progresista Bèbè Pale de Delmas, que agrupa a quienes vivimos aquí. Desde el principio estamos en una grave situación, sin medios y sin que el Estado se interese verdaderamente por nosotros. Sólo hemos tenido la ayuda del Servicio Jesuita de Refugiados tras el terremoto. Hay quienes están aquí desde entonces. La catástrofe les dejó sin casa y montaron los campamentos. Después, para sacarlos de allí les dieron algo de dinero con el que alquilaron una casa durante un tiempo y les prometieron darles la suya más tarde... Pero no consiguieron nada fijo, ni tienen recursos, así que acabaron aquí. Siempre es igual, no hay nadie que ayude, nadie que dé respuestas. Toda la vida en la miseria, en la pobreza. Es necesario que quien tiene la capacidad y la decisión mire hacia los que estamos más abajo y haga por sacarnos de estas condiciones de vida".





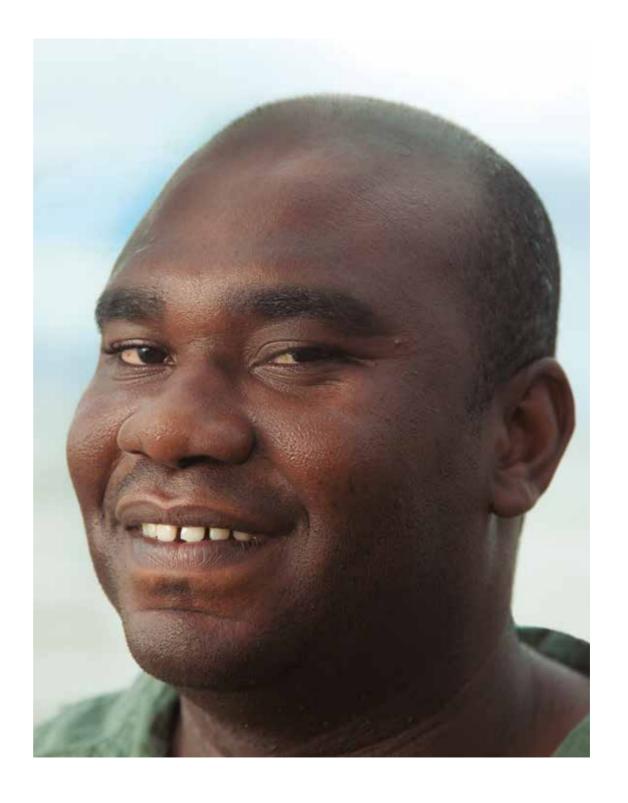


La crisis de la vivienda

La vivienda es desde hace décadas un problema endémico en Haití. Los intensos procesos migratorios de las zonas rurales a la ciudad elevaron los precios hasta hacerlos inasequibles. La nueva población urbana optó por la autoconstrucción informal y en precario ocupando espacios marginales sin planificación. Nacen así los llamados *bidonville* al estilo de las favelas o las villas miseria.

El terremoto vino a incrementar las dificultades al dejar sin hogar a más de dos millones de personas. Muchas se hacinaron en campos de desplazados donde, seis años después, permanecen aún 80.000 almas. Hubo episodios de desalojos forzados de los campamentos, —sin alternativa habitacional alguna—, y grandes movimientos de realojo en la periferia de la capital incrementando las barriadas de chabolas sin luz, sin agua y sin saneamiento.

Bidonville en Cabo Haitiano.

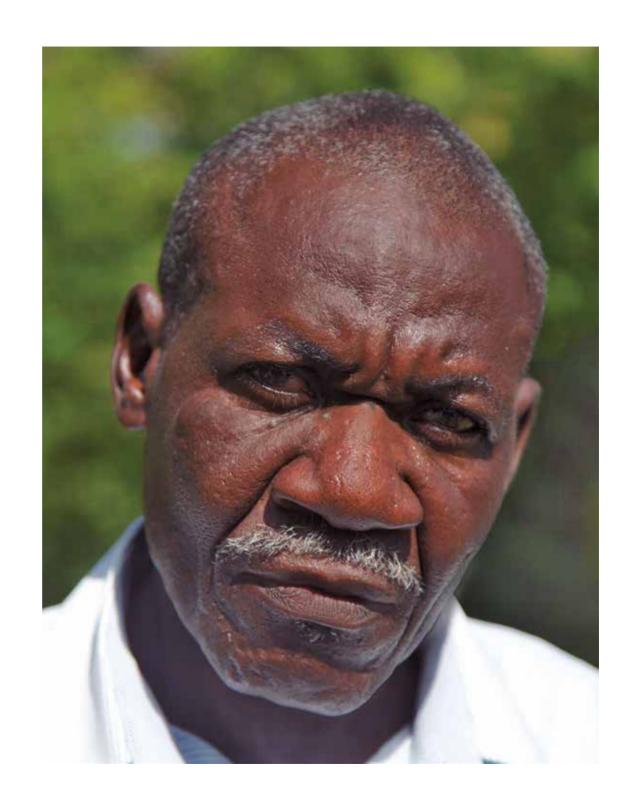




Jerry Christian Gabriel

Agrónomo y Máster en Prácticas de Desarrollo. Cabo Haitiano, Haití.

"Quiero ser útil a mi país. Haití tiene futuro y tengo fe en ello. El Estado haitiano nunca ha sido fuerte en políticas de gestión y todo el dinero ha ido a organizaciones sociales con proyectos a corto plazo, sin el marco de una política nacional global. Además, en cooperación al desarrollo el paternalismo es un fenómeno demasiado frecuente. Así es imposible fomentar el progreso. Creo que los mejores recursos para salvar Haití son el capital humano y la educación. Pasar de la dictadura a la democracia es mucho más que redactar una constitución, escrita por haitianos que llevaban mucho tiempo fuera y que tenían una visión extranjera. La clave es un cambio de mentalidad: ver si somos capaces de sacrificar los intereses personales por los colectivos".



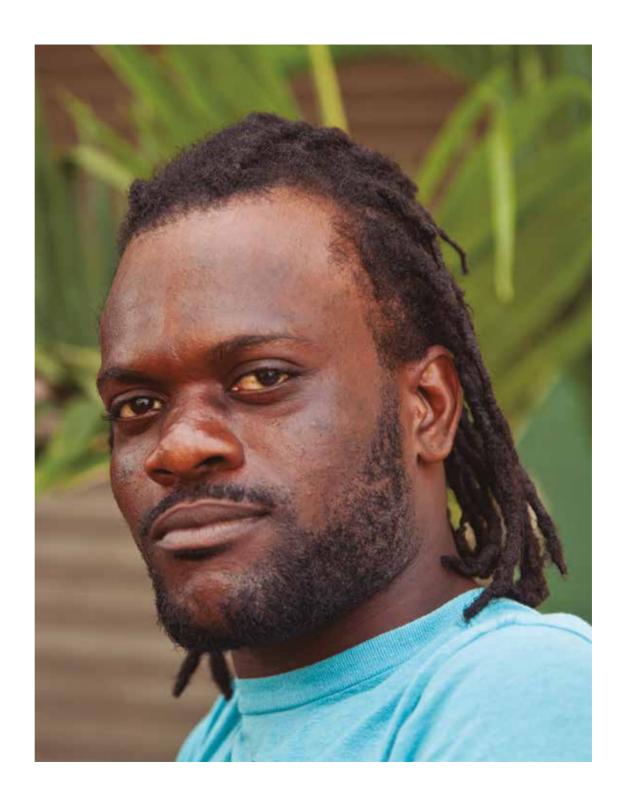


Assancio Jacques

Coordinador de Morepla, red de organizaciones de L'Artibonite.

Petit Rivière, Haití.

"Trabajamos sobre tres ejes: soberanía alimentaria, educación y medio ambiente. Nacimos en 2004, tras el éxito de la movilización campesina que evitó la instalación de un gran molino para la empresa americana Tex Rice que habría supuesto la ruina de miles de familias. El Estado es negligente con el sector agrícola, que aglutina a la mayoría de la población. Sólo le interesa la importación de productos casi libres de impuestos, incluido el arroz americano, cuando todos sabemos que estas tierras pueden producir para alimentar a todo el país y contribuir a su desarrollo. Necesitamos inversión en infraestructura agrícola, asistencia técnica y refuerzo institucional para las organizaciones de base. Es indispensable la construcción de una nueva idea política de sociedad, una nueva mentalidad que evite que nos muramos de hambre al sol. Ante la pasividad estatal, somos nosotros quienes tenemos la responsabilidad de educar y concienciar a las nuevas generaciones".



Wisley Patelmy

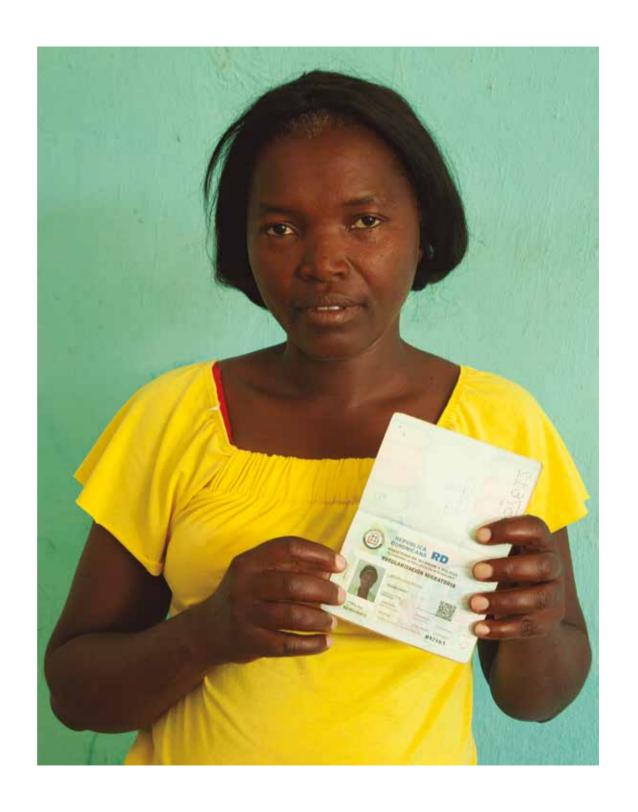
Migrante haitiano.

Santo Domingo, República Dominicana.

"Si te digo la verdad, lo último que quiero es seguir viviendo en Santo Domingo porque en este país no somos nadie, no tenemos derechos, no contamos para nada. Pero en Haití no hay trabajo ni futuro para mí así que me veo obligado a permanecer aquí. Suelo trabajar en la construcción, limpiando calles o restaurantes, en cualquier trabajo que surja con tal de ayudar a mi familia en Haití.

Casi todas las semanas trabajo algún día aunque hay veces que no encuentro ocupación en tres semanas y me toca gastar en sobrevivir lo que he ahorrado. Lo único bueno es que vivimos muchos haitianos juntos en la misma casa, nos apoyamos y nos ayudamos unos a otros".







Marie Granmsi

Migrante haitiana.

Batey San Joaquín, Santo Domingo, República Dominicana.

"Llevo 5 años en República Dominicana, siempre en el batey. Tengo mi carné de regularización migratoria gracias a la ONG Mudha. Me lo concedieron tan sólo por un año porque no tengo pasaporte haitiano. Llevo un año esperando a que el gobierno haitiano me lo entregue. El problema es que cuando venza mi carné además de entregar varios documentos también debo presentar el pasaporte. Así que cuando vaya a renovarlo no sé si me lo darán, y sin papeles es muy difícil encontrar trabajo, e imposible conseguir uno con cotización a la Seguridad Social".





Rosna Jean-Louis

Trabajadora de la zona franca de Codevi.

Ouanaminthe, Haití.

"Llevo 6 años trabajando dentro de la zona. Cosemos pantalones de hombre, sobre todo de la marca Levi's. Tengo tres hijos y una niña en camino. Mi jornada empieza a las seis y media de la mañana y termino, con suerte, a las cuatro y media, así todos los días. Me pagan 1.425 gourdes a la semana, menos del salario mínimo en Haití. De ese dinero tengo que descontar los 600 gourdes por semana que hay que pagar para comer. El dinero no llega para todos los gastos; debo alimentar a mis hijos, pagar la escuela y la casa. Pasamos miseria pero aquí seguimos. Hay que trabajar aunque sea para seguir siendo pobre. Me gustaría tener mejores condiciones de trabajo y recibir un salario digno para, al menos, dar lo necesario a mi familia".





El desarrollo de las zonas franças

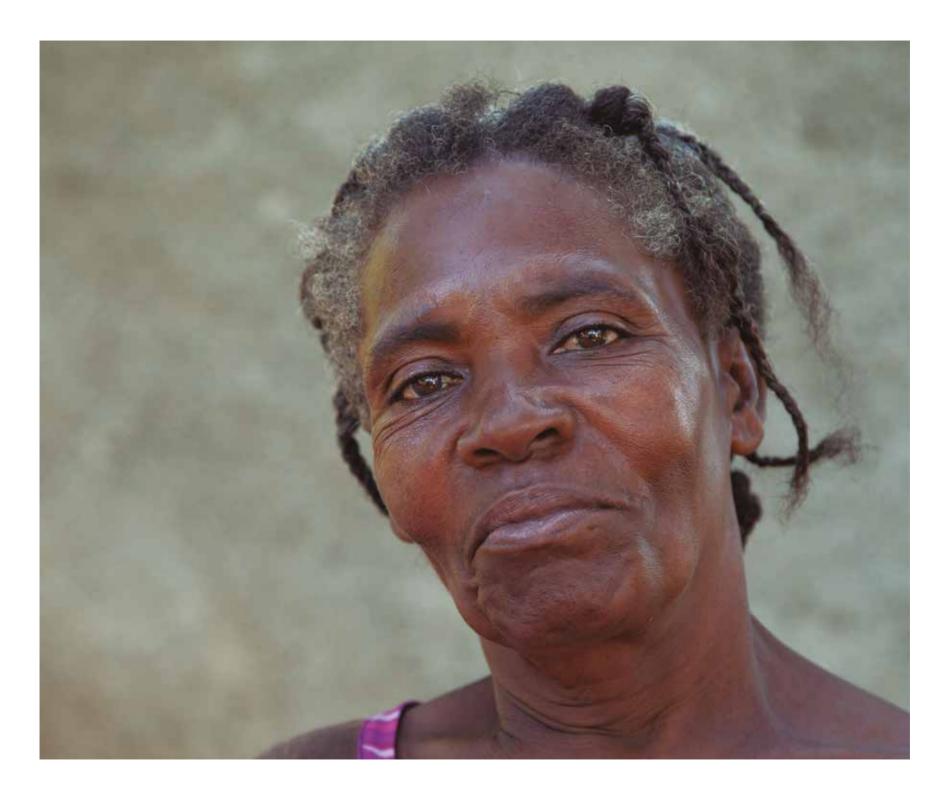
A lo largo de la frontera, existen I I mercados binacionales. En ellos confluyen miles de comerciantes de ambos lados. Tradicionalmente, han sido puntos de encuentro y motores económicos tanto en el ámbito local como en el nacional.

Frente a ellos, el gobierno haitiano está impulsando la creación de zonas francas. Se trata de espacios de libre comercio con escasos o nulos niveles arancelarios y abiertos al capital extranjero. Este modelo se ha incrementado después del terremoto so pretexto de formar parte del plan de desarrollo del país.

En Haití hay 4 zonas francas industriales que emplean a más de 30.000 personas. Su objetivo es la manufactura a bajo coste y la importación barata. Pero, al igual que ocurre con las maquilas centroamericanas, estas empresas son muy cuestionadas tanto por la dependencia que supone de empresas extranjeras como por las precarias condiciones de trabajo, sujetas a todo tipo de abusos.

En 2014 el gobierno inauguró en el norte la primera zona franca agrícola exportadora, iniciativa que entra en conflicto con las aspiraciones de desarrollo del campesinado local.

Mercado Binacional de Dajabón, República Dominicana.





Madan Betonne

Campesina y miembro del grupo de mujeres Kè de Jezi.

Areguy, Haití.

"El problema principal de las mujeres haitianas es la falta de autonomía, y el problema básico de mi comunidad es que no trabajamos juntos para solucionar los problemas. Lo que no hagamos por nosotros, nadie lo va a hacer. Si tuviera medios sé que sería capaz de hacer muchas cosas. Hay mucha gente pobre en este país que pasa el día sin hacer nada para ganarse la vida, llega la noche y están igual que en la mañana. En Haití hay muchas dificultades pero mantenemos nuestra dignidad y alegría. Tú ves a la gente pasar por aquí, por el pueblo, te saludan, bromean y no te cuentan sus problemas... pero la miseria está presente. Para mí es duro decir a otra persona las cosas que necesito porque tengo dignidad. Para saber lo que hay dentro de mí deberías entrar en mi pecho y abrirme el corazón para conocer mis necesidades".



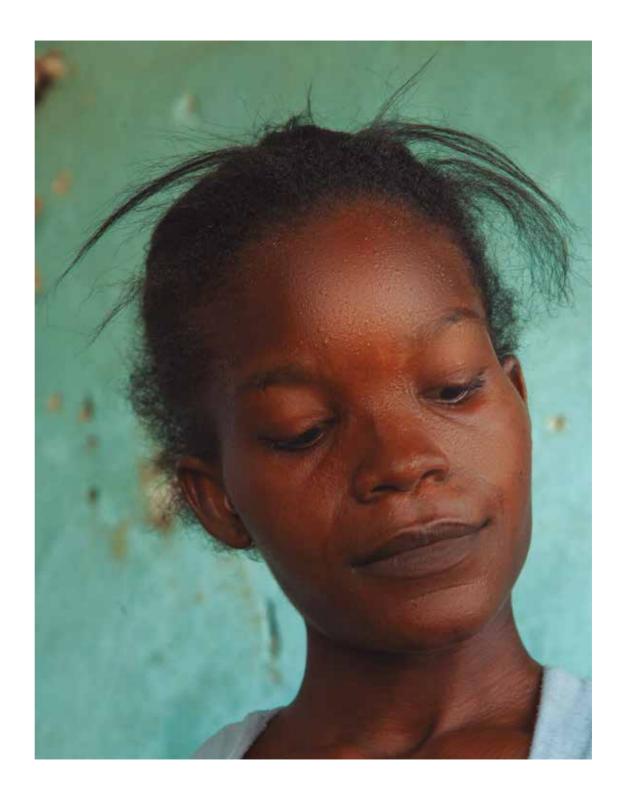


Mariolette J. Ravix

Presidenta de Cofedes, Colectivo de Mujeres para el Desarrollo Económico y Social.

Puerto Príncipe, Haití.

"Decimos no a la violencia patriarcal y actuamos contra ella. Vamos puerta a puerta para llegar a las mujeres de forma discreta y ganar su confianza, ya que la persona agredida entra en un círculo de miedo. Con frecuencia su agresor es un pariente. Buscamos hacerles ver que la vida sigue a pesar de la dureza de la situación, respetando su proceso personal y sus decisiones. Las acompañamos y hacemos de intermediarias con entidades mayores que puedan ayudarlas en los ámbitos sanitario, psicológico y legal. Es necesario combatir la desesperanza, la estigmatización, a la vez que cumplir los pasos para llegar a los tribunales. Es indispensable mejorar sus condiciones de vida, porque la violencia está en todas partes, fruto de un sistema machista. Trabajando poco a poco con las mujeres estamos cambiando Haití".



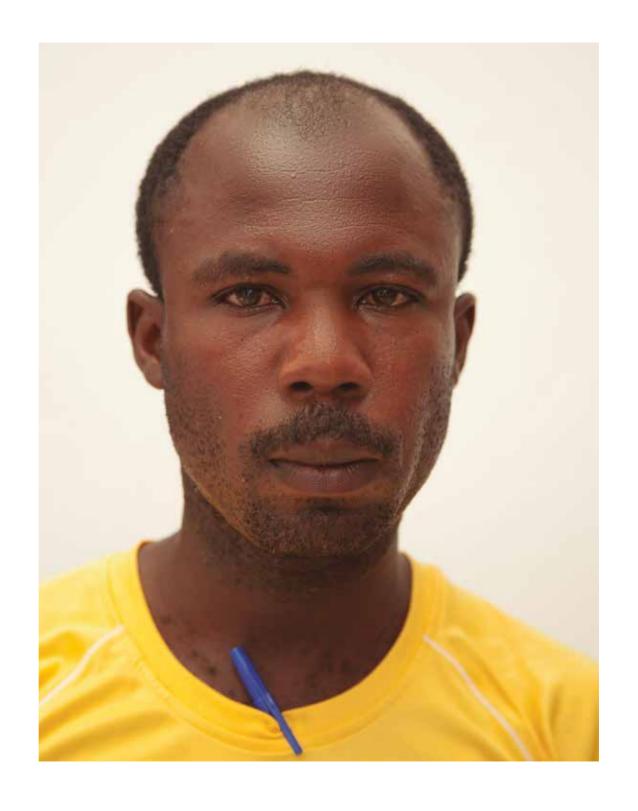


Natadya Belgad

Dominicana de ascendencia haitiana.

Batey San Joaquín, Santo Domingo, República Dominicana.

"Mi padre es dominicano y mi madre haitiana. A pesar de haber nacido aquí y tener pasaporte dominicano, el Estado no me reconoce como nacional y no tengo el carné de regularización migratoria, así que soy ilegal en mi propio país. Soy ciudadana dominicana por derecho pero me consideran haitiana por mi madre y por mi color de piel. Incluso a pesar de que mi marido es dominicano, inscribieron a mis dos hijos como extranjeros y, por tanto, sin derechos. La historia se repite".





Aniel Sever

Miembro del Grupo 81.

Ouanaminthe, Haití.

"Representamos a los 81 trabajadores del departamento de calidad del Parque Industrial Codevi, en la zona franca, que fuimos despedidos en bloque, la mayoría mujeres. Producíamos ropa estadounidense como Levi's o Docker's. Nos pagaban 2.250 gourdes a la semana y, de un día para otro, nos redujeron el sueldo a 1.803 con la misma carga de trabajo. Entrábamos a las seis de la mañana y salíamos entre las once de la noche y la una de la madrugada. Al salir a esas horas teníamos problemas; a veces nos han pegado y robado, hay mujeres a las que han violado. Tras una acción reivindicativa nos despidieron a todos sin aviso previo y agentes armados nos impidieron el paso a nuestro lugar de trabajo. Todo con conocimiento del Ministerio de Trabajo. Los tribunales confirmaron la ilegalidad del despido pero obligaron a la empresa al pago de una indemnización ridícula. Recurrimos, aunque año y medio después seguimos esperando sin ningún tipo de cobertura".





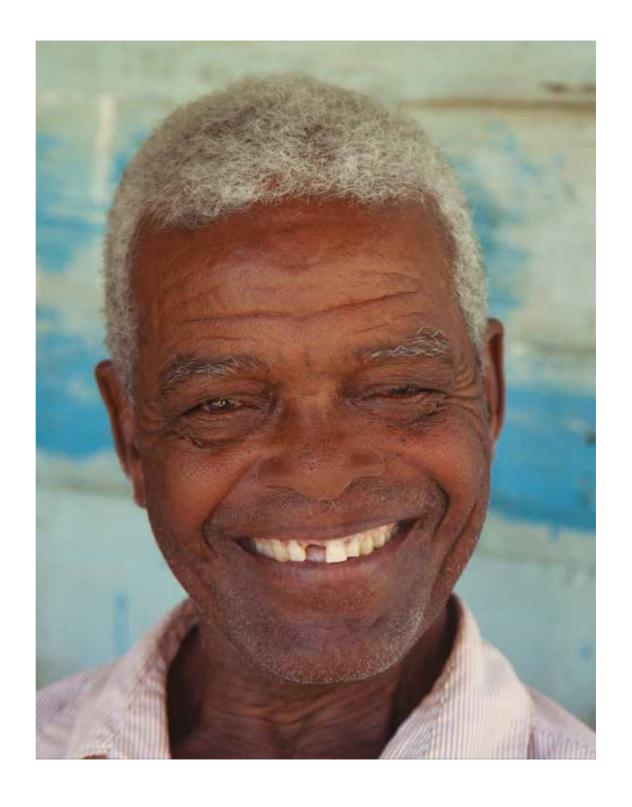
El campesinado: la base social de Haití

Ayiti, "tierra montañosa" en lengua taína, conserva tan sólo el 3,6% de su masa forestal. El 60% de su población es campesina pero el país produce un escaso 20% del arroz que consume.

Varias son las causas de ambas paradojas: desde el pasado colonial y la dependencia del carbón vegetal, hasta la más reciente apuesta estatal por las importaciones textiles en detrimento de la inversión agrícola.

Las campesinas y los campesinos haitianos son verdaderos sobrevivientes. Sacan recursos de la nada y se organizan para salir adelante. Y hay ejemplos en múltiples rincones de Haití, experiencias de comunidades auto gestionadas que cooperan con un objetivo común de mejora. Con fuertes raíces en su tierra, el movimiento campesino organizado denuncia su situación y exige un nuevo modelo económico y social.

Efecto de la deforestación, Sudeste.



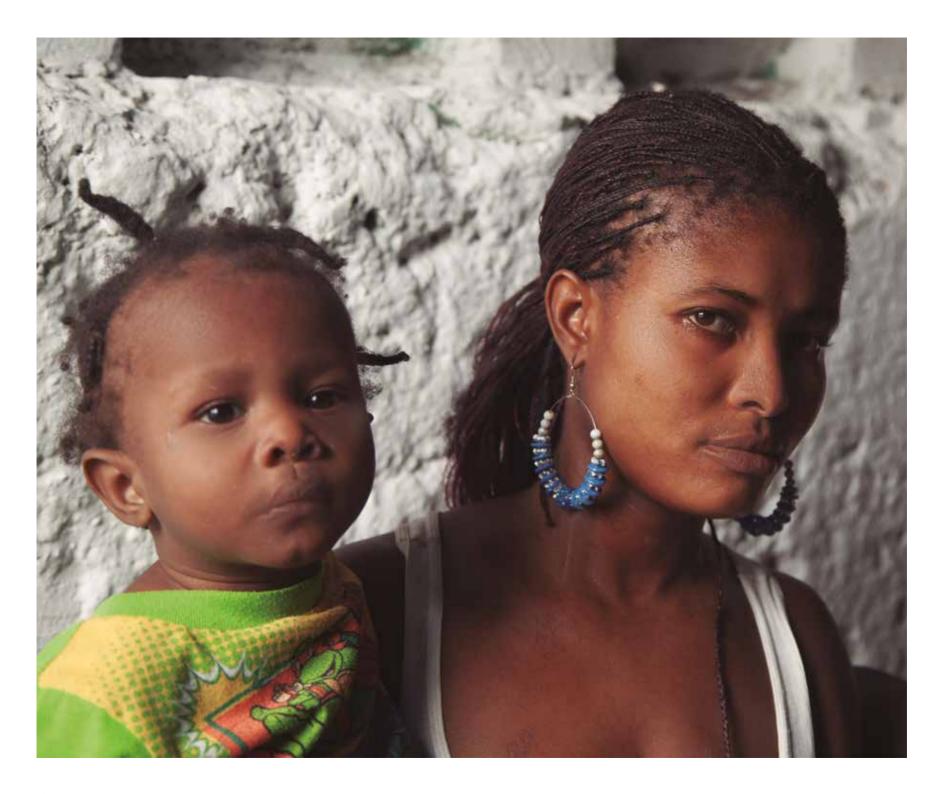


Pierre Lecein

Campesino.

Areguy, Haití.

"Estoy casado y tengo ocho hijos, algunos viven aquí y otros viven fuera porque no encontraban trabajo. Durante años participé en el grupo Elarji para dinamizar la vida de la comunidad. Hace unos años creamos un nuevo grupo llamado Tèt Ansanm para colaborar entre todos en estos tiempos cada vez más complicados. Llevamos años de sequía pero éste último ha sido especialmente malo, lo que afecta incluso a las relaciones entre la gente. Es sencillo, si cada familia puede tener sus tierras plantadas va a haber vida en este pueblo pero, desgraciadamente, el agua del río sigue perdiéndose en el mar. Nuestra necesidad principal es un sistema de riego para plantar con garantías cuando no llueve. En la última década hemos realizado proyectos de construcción para desarrollar la comunidad: una carretera, un centro educativo, un centro de salud, se han reconstruido casas... y, además, se está llevando a cabo un plan de reforestación".



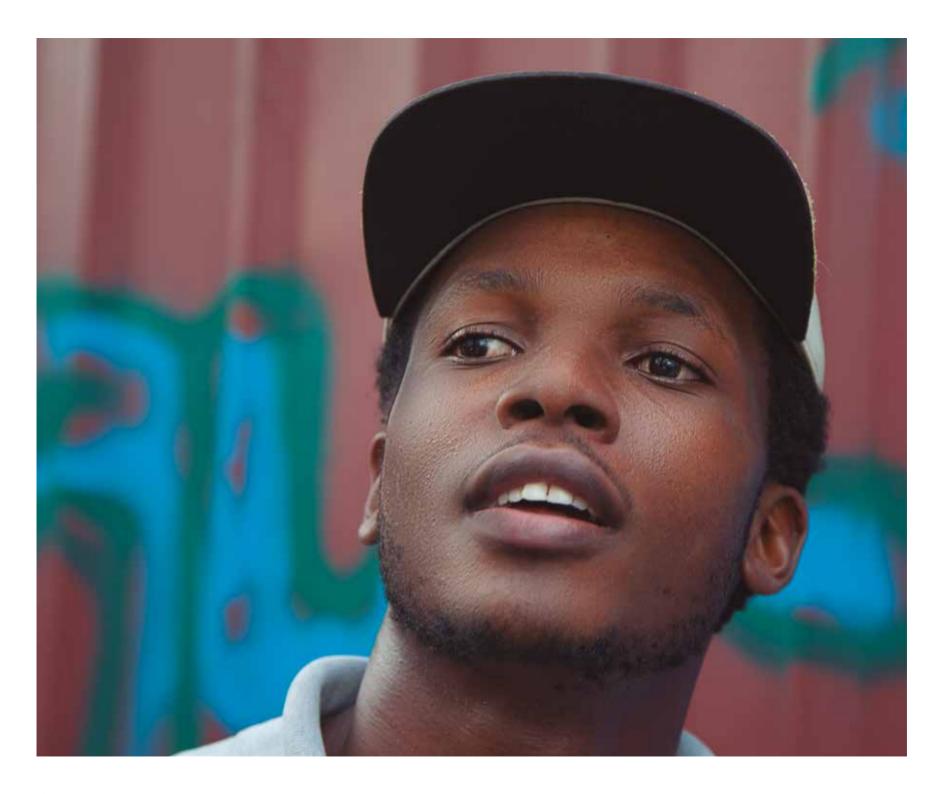


Widlin Jefra

Vecina de la casa ocupada Kay Ayiti è.

Puerto Príncipe, Haití.

"La manera en que vivimos no es nada buena, nuestra vida es pésima pero estamos obligados a vivirla nos guste o no. Tengo tres hijos y no sé muy bien qué hacer con ellos, cómo mantenerles cada día. La mayoría no tenemos trabajo, ni siquiera podemos comerciar con pequeñas cantidades que nos permitan ganar lo mínimo. Nuestra cama es el cemento y, como mucho, conseguimos un dólar para dar algo de comer a los niños. Aquí no hay nada para ellos y tampoco pueden ir a la escuela. Los miembros de la casa estamos organizados, unidos tenemos más fuerza. Pero es una situación dura por lo difícil que es salir de ella".



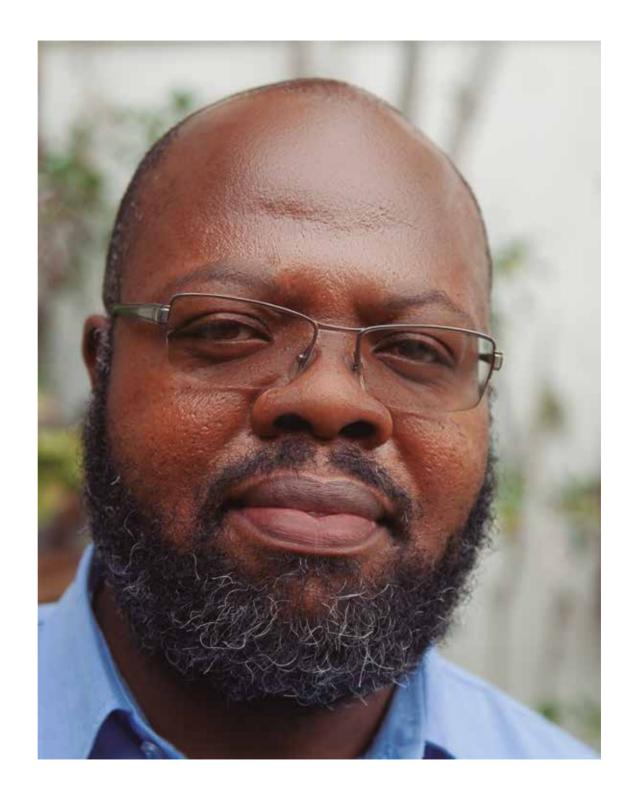


Kenson Misillus

Reparador de teléfonos y aparatos electrónicos en su puesto callejero.

Puerto Príncipe, Haití.

"En este país no hay muchas opciones de trabajo, así que tengo que exprimirme la cabeza para buscarme la vida. Todos sabemos que parte de la ayuda que se destinó a Haití para el terremoto fue directamente a los bolsillos de nuestros dirigentes. No sentimos que hagan nada por nosotros, no hay un cambio real. Sigue habiendo gente en campamentos pero, sobre todo, la prioridad del pueblo haitiano es el hambre. Yo personalmente no paso hambre, pero la mayoría de la población sí. El precio de la comida sube y sube... Prácticamente no hay trabajo y por eso se ve tanta gente en la calle; pasan el día vendiendo pequeñas cositas para tener algo que llevar a los suyos. Muchos trabajan todo el día solo para beber un poco de agua, comer unas galletas y, con eso, irse a su casa".





Franck Seguy

Profesor de sociología en la Universidad del Estado de Haití.

Puerto Príncipe, Haití.

"Tras el terremoto me interesó especialmente cómo la cooperación internacional fue incapaz de reconstruir Haití al seguir una lógica que vuelve al país un niño, lo infantiliza. He constatado que la comunidad internacional ya tenía una decisión tomada para el futuro de Haití sin la colaboración de la sociedad haitiana, y lo aplicaron en el contexto del terremoto. Utilizaron a este país como un laboratorio de experiencias laborales y militares, como lugar de ensayo de estrategias económicas usando como excusa la cooperación y la catástrofe. La ayuda internacional no tiene el propósito de reconstruir Haití porque no conoce el país. En marzo de 2010, se celebró en Nueva York la Conferencia Internacional de Donantes. En 2013 sólo había llegado el 1,5% de lo que prometieron. Tras el terremoto, se reunían en hoteles de 5 estrellas y, bien servidos, definían nuestro destino".





Los terremotos de Haití

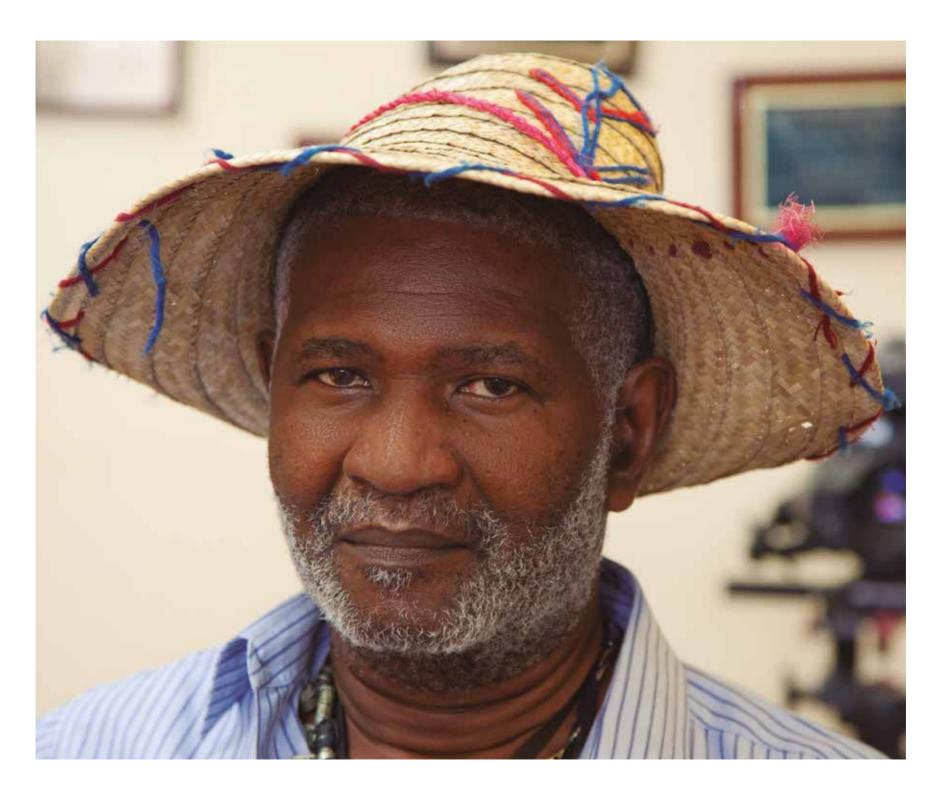
El terremoto de 2010 devastó la mitad sur del país. Pero las causas de esta destrucción no están solo en la intensidad del temblor. Hay que buscarlas en la debilidad estructural de un país empobrecido y olvidado, castigado por la corrupción interna y el neocolonialismo.

Al seísmo le siguió un brote de cólera que, según un informe del ejecutivo francés negado por la ONU, fue introducido por los soldados de la MINUSTAH que ocupan militarmente el país. Desde entonces, ha provocado más de 9.000 muertes y son cientos de miles las personas afectadas.

El terremoto colocó a Haití en el foco de todas las miradas. Pero no por eso la Comunidad Internacional cambió su dinámica de relación con el país y sigue sin permitir a la sociedad haitiana ser sujeto de su propio desarrollo.

La situación apenas ha cambiado y los aniversarios se suceden; mientras, las huellas de la tragedia permanecen presentes. La situación económica y social es alarmante. Pero la organización popular crece y la respuesta contestataria es cada vez mayor, alzando su voz contra el fraude político y exigiendo recuperar su soberanía.

Ruinas de la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, Puerto Príncipe.





Konpè Filo

Periodista.

Puerto Príncipe, Haití.

"Empecé como periodista en un período en el que casi no se podía hablar. Periodistas, artistas e intelectuales forzamos la palabra y dimos esperanza. Como no había partidos políticos, todo aquello que la gente quería expresar lo hacía a través de nosotros. Así que el gobierno tomó medidas y nos envió al exilio. Los medios tienen un papel importante en la construcción del país. Antes la información se emitía en francés y el uso del creol supuso una apertura, una conexión con el pueblo. Es necesario que la población entienda los mensajes y participe de las decisiones que se toman. Actualmente estoy interesado en difundir la cultura haitiana a la propia población ya que, a menudo, la desconoce. Desde fuera se fomenta una imagen negativa de Haití; hay periodistas que vienen y hacen un artículo hablando de que es el país más pobre y de sus miserias, sin añadir nada más, sin explicar por qué, sin mencionar que somos un pueblo que sabe luchar y que, tras el terremoto, no nos quedamos parados. Cualquier persona que quiera comprender Haití tiene que ver que hay muchos intereses en la isla, que es un país bajo control extranjero".



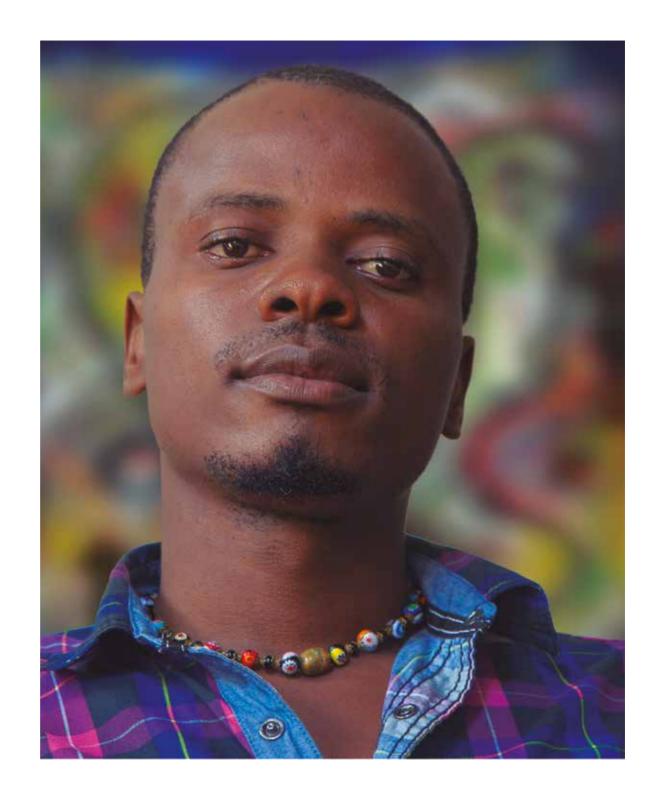


Brunette Petiote

Profesora.

Areguy, Haití.

"Es gracias a la educación que en la sociedad existe gente en la política, personal médico y profesorado. Me gustaría que los jóvenes de mi pueblo crecieran en todos los sentidos. Es un desastre que haya niños que no vayan a la escuela porque la educación construye tu futuro, te hace grande en todos los aspectos. En esta zona faltaba promover la educación. Si un niño o una niña quería ir a la escuela tenía que ir a la ciudad y si la familia no tenía medios, iba a estar sin educar y sin hacer nada. A partir de la apertura de la escuela la cosa cambió".



Joseph Sevenson

Artista.

Jacmel, Haití.

"Comencé a pintar desde niño y, sin formación artística alguna, empecé a desarrollar mi estilo. En 2004 ingresé en el Centro de Arte FOSA| de Jacmel y, tras graduarme, continúo mi búsqueda artística. No es fácil ser artista en Haití, no se puede vivir de esto. Cuando empecé, mi familia no tenía medios. Tuve la suerte de poder formarme, de tener un representante que me ayudó todo este tiempo y de conocer muchos amigos de otras partes del mundo que me abrieron un espacio de discusión sobre el arte. Mi inspiración principal es la cultura haitiana, el vudú. Hay un interés en mostrar sólo una imagen de brujería, pero no es así; el vudú es nuestras entrañas, es a través del vudú como logramos la independencia. Mi obra está impregnada de un trazo espiritual, de la mística de nuestra cultura. Es la estela de miles de personas traídas de África al Caribe. He expuesto en Inglaterra, Madrid, Montreal, Nueva York, Miami y París. Quiero que la gente conozca mi obra y vean lo que estamos haciendo por cambiar la imagen de nuestro país".







Delivrans Raton

Trabajadora del taller comunitario de elaboración de confituras y mermeladas.

Value, Haití.

"Trabajamos a partir de los cultivos comunes y de los productores particulares como yo misma. Nos vamos rotando en las diferentes tareas, entre todas nos ayudamos. Este trabajo nos permite hacer algo de dinero para pagar los estudios de los niños y otras necesidades familiares que, de otra manera, no podríamos cubrir solo con lo que nos da la tierra. Es, además, una forma de participar en nuestra comunidad y de desarrollarla ya que nadie va a venir a hacerlo por nosotras. Cuando el taller no funciona, la vida aquí se vuelve complicada".





Merline Alcius

Secretaria del Movimiento Campesino Tèt Kole Ti Peyizan Ayisyen.

Saint-Marc, Haití.

"Nuestro objetivo es luchar para que el campesinado tenga tierra y disponga de agua para regar, y así poder, al menos, comer. Luchamos para forzar al Estado a destinar el 30% del presupuesto anual a la inversión agrícola y permitirnos participar en la vida política. Porque no se puede hablar de plan de desarrollo si saca de él a la masa popular. Durante mucho tiempo Haití producía grandes cantidades y por eso la llamaban la "Perla de las Antillas". Pero estados extranjeros y nuestros gobiernos acabaron con este país, nos arrebataron la tierra y nos lanzaron a la pobreza. Estudio económicas porque quiero ser útil a mi pueblo y, para eso, es necesario estar bien formada. La gente campesina debemos unirnos y actuar para evitar que todo el beneficio siga enriqueciendo a las clases dominantes, que son quienes tienen acceso a los mercados internacionales, guienes toman las decisiones y quienes establecen los precios, asegurándose de que campesinos y campesinas continúen abajo".





Los derechos de las mujeres

Haití permanece sumido en un sistema desigual en el que es especialmente preocupante la vulnerabilidad de las mujeres. Su falta de autonomía y el menor acceso a la educación contrastan con su papel como principales sostenedoras de la familia. Asimismo, su presencia es nula en las instituciones y en la actividad política pero es omnipresente en una parcela esencial de la vida haitiana: la economía informal mediante el mercadeo.

Tras el terremoto aumentó la inseguridad y la violencia contra las mujeres, con un fuerte repunte de la violencia sexual que incidió fundamentalmente en los campamentos. En las ciudades y en el medio rural se enfrentan a los mismos problemas. Aunque el movimiento feminista es aún incipiente en Haití, existen organizaciones diversas formadas por mujeres que defienden sus derechos, promueven la mejora en sus condiciones de vida y reivindican cambios legislativos y culturales.

Madre e hijas. Puerto Príncipe.

